

Sin lenguaje, ¿qué nos queda?

‘Las gratitudes’, la última obra de Delphine de Vigan

Juan María Prieto

Marie, una de las protagonistas de *Las gratitudes* (Anagrama, 2021) -título indudablemente más sonoro en francés que en nuestra lengua- nos interpela de forma descorazonadora en las primeras páginas de la obra: «¿Os habéis preguntado alguna vez cuántas veces en la vida habéis dado realmente las gracias?». La escritora francesa Delphine de Vigan, autora de *No y yo* (Suma de Letras, 2009), *Nada se opone a la noche* (Anagrama, 2012) o *Las lealtades* (Anagrama, 2019) articula con esta breve aunque rotunda novela una poética de la justicia a partir de un relato elegante y desnudo sobre la vulnerabilidad humana.

Michka es una mujer a quien la vejez va sumiendo en una progresiva e inherente decadencia. Su testimonio, la pérdida de autonomía y el consiguiente declive físico y mental, que tiene como consecuencia su ingreso en una residencia geriátrica, encierran una nostalgia que se torna en miedo. En ella, la incertidumbre de una persona cuya relación con el mundo se transforma, se hace más limitada, más frágil. A través de la voz de la propia Michka, en sus diálogos con los otros protagonistas que conforman el triángulo de la novela -Marie y Jérôme- o a través de sus ensoñaciones -con frecuencia más lúcidas que la realidad misma- presenciamos la lucha de la protagonista por aferrarse a la realidad. En ese trance, Michka pretende reconstruir una parte inconclusa de su historia personal, albergando en la memoria y el agradecimiento su última esperanza; posteriormente, la clave que configura su precaria relación con el mundo: el lenguaje. Su vida deviene una lucha por atrapar las palabras, por conservarlas por lo que, conforme va perdiendo esa batalla, se desvanece su relación con el mundo: «Son las palabras que quiero usar las que se descabullen. (...) Al final no quedará nada, se acabarán las palabras, ya verás. O diré cualquier cosa para llenar el vacío».

El personaje de Marie encarna la mirada empática y agradecida de quien se reconoce en los demás. Su entrañable relación con Michka sublima la incompreensión y el egoísmo en que están sumidas las sociedades actuales, tomando impulso en ese sentimiento de gratitud que ambas experimentan en un modo diverso: la anciana desde el remordimiento de las palabras no dichas; Marie, desde la humanidad y la entrega hacia aquella mujer que se dio sin esperar nada a cambio. Ella era aquella niña del piso de arriba a quien Michka cuidaba en ausencia de su madre; ahora, la joven que le hace compañía y la atiende en sus últimos años de vida. La combinación de los diálogos entre personajes y de los monólogos desde las dos perspectivas que configuran la historia aportan una aspereza contenida, lejos del *buenismo*, entre la austeridad y la precisión emotiva. En ese sentido, la mirada de la autora, a través del personaje de Marie, nos redirige de manera indirecta -y es inevitable no encontrar este vínculo en los tiempos que corren- hacia una perspectiva sensible con



Delphine de Vigan.



‘Las gratitudes’. Autora: Delphine de Vigan ● **Editorial:** Anagrama ● **Barcelona, 2021.**

las condiciones de los mayores y el papel que al que los hemos relegado en la sociedad actual.

Por su parte, Jérôme, el logopeda de la residencia, trata de ralentizar el deterioro de Michka, sabedor de la imposibilidad de conseguirlo, pero con la abnegación de quien adivina la justicia en otra mirada. Con este personaje, De Vigan nos hace recobrar la fe en una sociedad más igualitaria, una colectividad de seres comprometidos con la otredad, que lucha por sus mayores, quien rinde homenaje a aquellos que nos cuidaron de nosotros antes de que fuéramos nosotros. Jérôme personifica un alegato contra la soledad y la incomunicación, en favor de la dignidad y la plenitud de los seres humanos, en un mundo en que envejecer debería ser un aprendizaje o al menos una aceptación en la que no cupiera el abandono.

Y es que con *Las gratitudes*, Delphine de Vigan no escribe solamente una novela sobre el agradecimiento, sino una historia que reclama una estimación adecuada de la memoria, y con ella del lenguaje, en una sociedad donde el odio apuesta por la patraña, por la falsedad, por el olvido. Por contra, las palabras de Jérôme son un bálsamo inequívoco de reciedumbre y desobediencia que todos deberíamos asumir como propio: «Hay que luchar. Palabra a palabra. Sin concesiones. No hay que ceder. Ni una sílaba, ni una consonante. Sin el lenguaje, ¿qué nos queda?».